



LA TRADICIÓN POPULAR

Boletín del Centro
de Estudios Folklóricos.
Universidad de San Carlos
de Guatemala.



0. Introducción

El ciclo de cuentos que se presenta en este **Boletín** reúne una serie de características comunes que hace que puedan ser clasificados dentro del tipo de cuentos denominados como “cuentos de muerte y resurrección”. Sin embargo, esta no es una categoría rígida, es decir, que dada su temática tan compleja y rica en elementos simbólicos, también pueden agruparse bajo el nombre de “cuentos sobre parientes malos e infieles”.

En efecto, la trama de los relatos pone en relieve una serie de actitudes consideradas como negativas y moralmente sancionadas por la sociedad: nos encontramos frente a la mujer infiel, al marido traicionando, una madrastra cruel, un par de hermanos en extremo ambiciosos.

Por otro lado la muerte es, en gran medida, el centro y el punto medular de todos estos cuentos: se la presenta como un suceso que no implica precisamente un hecho trágico, el fin de la vida misma, sino que, a través de un medio mágico, se puede revivir a los protagonistas de la narración. Es decir, existe una vuelta a la vida que implica una nueva serie de interesantes y complicados episodios, todos ellos comprendidos dentro de un pensamiento mágico-maravilloso.

Los dos primeros cuentos corresponden a un tipo bien determinado: básicamente consisten en que una princesa se desposa con un hombre, generalmente pobre. Muere la esposa, y el marido, después de haber realizado un pacto, se sepulta con ella. Luego le devuelve la vida por medio de una flor de cualidades prodigiosas que lleva una serpiente.

MUERTE Y RESURRECCION

EN LOS CUENTOS POPULARES DE GUATEMALA

Celso A. Lara Figueroa

Posteriormente, la mujer lo traiciona e incluso manda a matarlo, pero aquel resucita a su vez, por medio de la mencionada flor. Thompson denomina este cuento “Las tres hojas de la serpiente” (tipo 612), e indica que se origina en las leyendas budistas tanto en la India como de la China y que se convierte en parte del repertorio de los monjes medievales en sus colecciones **exempla**. Thompson agrega además que este cuento comienza con la promesa del héroe a su novia de enterrarse con ella si muere antes que él. Poco después de la boda esto sucede y dentro de la tumba ve a una serpiente revivir a otra con hojas. Imitándola, resucita a su esposa. En algunas otras formas del cuento la esposa vuelve a la vida en respuesta a un ruego, y la condición es que el esposo renuncie a veinte años de su propia vida. Algunas veces el cuento termina en este punto, pero con frecuencia continúa como sigue: la esposa se enamora de un capitán de barco y los dos tiran al

esposo al mar. Se ahoga, pero lo resucita una serpiente fiel, quien usa las hojas de la serpiente. La culpable pareja es debidamente castigada. Hay una diferencia considerable en la motivación de las variantes de este cuento. Como podrá observarse al realizar la lectura de los cuentos populares que se ofrecen, existen ciertas variantes, más bien en forma, que de contenido. De una manera u otra la semejanza con el modelo arquetípico presentado por Thompson es admirable, y refuerza el carácter popular y antiguo de los relatos.

Los cinco cuentos restantes destacan la inclinación de los hermanos mayores a complotar contra el más joven. Este relato está motivado por una búsqueda: una flor, la cual tiene la finalidad o la intención específica de curar al padre de los muchachos; en otros casos, la finalidad consiste en complacer y casarse con la princesa. De una manera u otra, el hermano menor es víctima y héroe; los otros dos hermanos son



Enrique Ankeu Dis 2. 85

cruels, principalmente el mayor, el cual comete un asesinato: mata a su hermano menor para poder apoderarse de la flor. Sin embargo, más tarde la verdad es revelada, luego viene el castigo hacia el malhechor y el renacimiento del joven héroe.

Este segundo tipo de relato pudiera ser identificado con el tipo 720 de Thompson, "El árbol de enebro". Existe un aspecto interesante a destacar en todos estos cuentos y es que interviene en ellos una parte recitada o cantada, lo cual, además de un interés meramente discursivo, otorga extraordinaria belleza al relato.

Obviamente todos estos cuentos populares tienen una fuerte carga simbólica que sería oportuno analizar con más cuidado y detenimiento. No obstante, debido a la limitación de espacio, de especialización y de lenguaje que ello requiere, bas-

te por ahora con señalar que se considera que la lectura de estos relatos está más orientada a adolescentes y a los adultos. Los narradores, a través de la voz de los personajes de sus cuentos, insistieron en que el relato implica una amonestación a la infidelidad y la traición, a la ambición y la envidia, al odio y a los celos. El carácter moralizante de todos estos cuentos es bastante evidente, pero más profundo de lo que a simple vista se aparenta.

1. Stith Thompson. *El cuento folklórico*. (Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1972). pp. 164.
2. *Ibid.* n. 165.

1. LOS CUENTOS

1. Ricardo Valiente

"En cierta ocasión en una gran ciudad en donde había un rey, en una de tantas veces le dice a su príncipa hija:

—¿Ya tú te quires casar?

—Sí papaíto —le dijo ella— yo ya ratito que tenía ganitas de casarme, pero estaba sujeta a que usted lo expusiera y que sea gusto de usted.

—Tampoco —le dijo él— no puede ser gusto mío sino el tuyo. Así es que ya es tiempo.

2. EL PACTO DE DOS ESPOSOS

—Bueno —le dijo ella— pues ahora dispongámoslo.

—Bueno —le dijo el rey— vamos a mandar a formar unas vallas y allí vas a escoger vos tu esposo, y ya sabés que sea quien sea.

—Bueno —le dijo ella.

En esa ciudad había un muchacho que se llamaba Ricardo Valiente, y que muchas veces que ella había salido a pasear por el parque, lo había visto y le había simpatizado mucho. Entonces le dijo ella:

—Sin más molestias papá, yo tengo ya un muchacho que me place para mi matrimonio.

—¿Y quién es m'hija? ¿Lo conocés, sabés cómo se llama?

—Sí, él se llama Ricardo Valiente.

—Ay mi hija, pero vos estás equivocada, porque vos estás creída que Ricardo Valiente es una gran persona. Ricardo Valiente es un hombre pobre.

—Sí —le dijo ella— pero a mí me gusta, Ricardo debe ser mi esposo.

—Vaya —dijo el rey— qué hemos de hacer. Pero antes de todo, esperáte m'hija, voy a mandarlo a llamar.

Y pronto mandó a llamar a Ricardo Valiente.

—Bueno —dijo Ricardo— qué presto me llama y con qué urgencia, yo tengo pena, a saber si no me va a castigar el rey. ¿No me harían algún chisme con el rey? —dijo pensando.

Y se presentó Ricardo Valiente ante el rey.

—Mirá Ricardo —le dijo— te he mandado a llamar porque yo sé que no sos más que un triste sargento, ¿ya serviste al gobierno?

—Ya —le dijo.

—¿Ya ascendiste?

—Sí —le dijo— soy sargento segundo.

—Bueno —le dijo— ahora te voy a ascender a general, de una vez para sacarte la orden general y darte a publicación —le dijo— que vas a ascender a general porque también quiero que te cases con mi niña.

—Pero mire —le dijo él— yo no puedo merecer tanto porque yo soy un pobre muchacho y es muy vergonzoso para mí.

—Sí —le dijo— pero ella lo ha dispuesto y esto es sin remedio y tú te casas con ella, ¿no te parece?

—Bien —le dijo él— con mucho gusto, pero yo siempre pensaría algo en eso, por ser tan pobre.

—Eso no quiere decir nada —contestó la niña—, yo quiero casarme contigo, si tú tienes voluntad, con mucho gusto.

Desde ese mismo rato mandó el rey a trabajar los despachos de general para Ricardo Valiente.

Bueno, se llegó el momento en que se hizo el matrimonio. Ya estando casados le dice la príncipa a Ricardo:

—Ve Ricardito, es tanto lo que te quiero, que si te llegaras a morir, yo me entierro viva con vos.

—Son muy mentirosas las mujeres, no cumplen —le dijo él.

—Yo sí cumplo, ves si vos te llegaras a morir, que me entierren viva para morirme junto con vos.

Pues entonces, allí en esa misma ciudad había un doctor que se llamaba Cristóbal y lo que él decía era cierto. Entonces, así pasó algunos días viviendo bien, feliz el matrimonio, pero un día de tantos aparece enferma la niña y entonces dijo el rey:

—¿Qué tiene mi niña? —dijo—, ¿qué tiene mi niña?

—Resulta que está enferma.

—¿Y qué le pasa?

—A saber.

—A llamarme a Cristóbal —dijo— porque Cristóbal es muy buen doctor y lo que él dice es cierto.

Cuando el doctor llegó dijo:

—Mire, la niña está grave, así es —le dijo— que no tiene remedio, la niña se muere.

—¿Será posible? —le dijo al doctor.

—Sí —le dijo.

—Bueno, qué vamos a hacer —dijo el rey.

—Mañana a las diez está tendida —dijo el doctor.

Y cierto, así fue. Otro día como a las diez, cabal pues, murió la niña.

—Vaya —dijo el rey— qué he de hacer, fue un sueño tu casamiento —dijo. Mirá Ricardo, qué luego se murió tu esposa.

—Pues sí —le dijo él— qué hemos de hacer.

Bueno, se llegó la hora del entierro, desde que ella murió mandaron a hacer un mausoleo grande. Entonces él (Ricardo) como era general, cuando la fueron a sepultar a ella, él se uniformó y uniformado también allí se enterró junto con ella. Y mandó cerrar todo.

Allí pasó ese día, pasó la noche y al otro día estando aquello también cerrado aparece una culebra.

—Bueno —dijo él— ¿y qué viene hacer este animal aquí, será que quiere molestar allí al cadáver?

Sacó la espada y la hizo en dos. Allí se quedó corcoveando, total que se murió la culebra.

Al rato aparece otra culebra trayendo una flor, y esa culebra fue y juntó los pedazos de la que había muerto y le pasó varias veces la flor y revivió la culebra, y ya que había resucitado la culebra muerta, salieron huyendo y las dos se perdieron. Entonces dijo Ricardo:

—Hombre —dijo él— ¿y no podría yo probar a ver si resucita mi esposa?

Fue a destapar la caja, abrió todo y fue a traer la florecita y la empezó a santiguar (a su esposa) y le pasó la flor varias veces por la boca y en una de esas, ella pegó un suspiro y volvió a la vida.

—Ricardo —le dijo ella sudando— ¿dónde estamos?

—En el sepulcro.

—Sí, es cierto —le dijo ella.

—Ahora —le dijo él— vamos a salir de aquí y nos vamos de aquí también.

—¿Y por qué?

—Porque así tiene que ser. Nos vamos para otra nación.

—Muy bien —le dijo ella— pues nos vamos.

Y continuaron para otra nación. Al llegar allá se fue él a acomodar donde había un gran jardín de otro rey, junto a la niña, y estando él allí trabajando en el jardín, vino el rey a ver a los jardineros y se enamoró de la princesa y dijo él:

—¿Y esta niña qué anda haciendo aquí?

—Pues allí anda con su esposo —le dijeron.

—Ah vaya.

Y empezó él a enamorarse a la joven. Entonces ella lo quiso y total que a los tres días de estar viniendo el rey allí en pos de ella, se fue con él y los jardineros le dijeron a Ricardo:

—¿Ya viste que tu esposa se fue con el rey?

—Está bueno —les dijo él— qué hemos de hacer.

Bueno:

—¡Hombre! —dijo el rey— algo de malobra hace y no le tengo confianza... a ¿cómo se llama ese muchacho que cargaba esta niña?

—Ricardo Valiente.

—Miren —dijo— quiero que me le vayan a cortar la cabeza con una sierra porque no quiero tener enemigos aquí.

Pero antes de eso, se había él (Ricardo Valiente) hecho de mucha amistad con un soldado, eran muy amigos, y dijo él:

—Mirá, si algún peligro me ocurre, aquí tengo esta florecita, si a mí me matan, entonces cuando ya esté yo muerto vas a pedir mi cuerpo y te lo llevás a enterrar, les decís eso, y ya por allá lejos me pasás esta florecita, yo tal vez vuelvo a la vida, nos vamos de aquí y después yo te voy a corresponder.

—Muy bien —le dijo el soldadito.

Como a los dos días siguientes dijo el rey:

—Vayan a fusilarlo, quítenle la vida a ese, ya no quiero que esté aquí más.

Y se lo llevaron y le cortaron la cabeza pues, con una sierra y el soldadito le dijo al rey:

—Pero mire, señor rey, este cuerpo viejo, si gusta yo lo voy a enterrar.

—Llévatelo luego, de estorbo lo tengo aquí.

Y se lo llevó a tuto, por allá lo apeó y echó mano a la florecita y se la pasó varias veces juntando la cabeza con el cuerpo y Ricardo volvió a la vida.

Bueno, entonces Ricardo le dijo al soldadito:

—A vos te debo la vida, vonós de aquí.

Y se volvió a regresar a su tierra y estando allí le dio parte al rey de lo que había hecho su niña y entonces le pidió ejército y se fue a conquistar al otro rey, le formó guerra y cuando iba en el camino, le mandó a decir que saliera al campo raso

y que quería pelear cuerpo a cuerpo. Y entonces el rey que tenía a la niña se vino con una espada y principiaron.

Se desafiaron y a la par venía la niña y cuando Ricardo se presentó llevando a la par al soldadito, a quien le debía la vida, ella dijo:

—¡Ay Ricardito! —le dijo— perdóname la vida.

—Yo no te perdono, porque “la que hace una, hace un ciento”, que te la perdone este soldadito a quien yo le debo la vida.

—Yo no estoy perdonando a ninguna mujer mala como es esta.

Así es que mató al rey y mató a la niña y allí terminó.

Ya se ve que no todas las mujeres son cabal.” (Inf. 1)

2. EL PACTO DE DOS ESPOSOS

“Este eran dos señores ricos, esposo y esposa, pero no tenían familia, no tenían ni un nene; ellos hicieron el pacto de que si uno de ellos faltaba primero, que se sepultaban, o la mujer con él, o el esposo con ella.

Pues se llegó el día en que la esposa murió; entonces ya como a los ocho días, él se recordó de lo que habían hablado. Dijo:

—Estoy faltando —dijo— pero cumplo.

Entonces viene y regaló todo lo que tenían de riqueza, casa y todo y preparó alimentos para irse a meter a la bóveda también. Pues fue, habló con el que cuida el cementerio, éste le abrió la bóveda y se metió. Allá la vida de él era tomar sus copitas de vino, con su candelita encendida allí, leyendo un su libro. Pues allá a las tres noches apareció una culebrita entre la bóveda, llevaba una florecita en la boca.

—¡Caramba! —dijo él— ¿pero aquí por dónde pueden entrar los animales?

Agarró su espadita y le pegó, y botó la flor (la culebra), pero ella desapareció. Entonces él dijo:

—Ah, esto ha de tener virtud.

Y agarró la flor y empezó a pasársela por todo el cuerpo a la esposa, y va de pasar, total de que ella empezó a suspirar y él va de pasarla, hasta que llegó al extremo que se sentó. Y ya platicaron; le dice él que tomara una su copa de vino, entonces la tomó. A los tres días de estar en eso le dice ella:

—¡Ay, hijo! —le dice— vonós para nuestra casa, esta casita es muy pache.

—¡Ay, hija! —le dice— pero es que no tenemos casa, todo lo regalé por cumplir el compromiso que te-

nía. Pero bien, nos vamos aunque sea donde Dios nos ayude.

Pues ya gritó él allí a que le abrieran la bóveda; se la abrieron, ya se fueron pues, sin rumbo, porque no tenían a donde llegar. Pues por allá en el camino:

—¡Ay, hijo! —le dice ella— yo tengo sed.

—Y aquí, agua ¿dónde? Pero bien, esperáme aquí, voy a ir a este bosque a ver si hay agua.

La dejó a ella en la carretera. Por allá andaba él, cuando venía un rey con su escolta y en carros y le dice el rey:

—¿Bueno tú, y qué haces aquí?

—Señor rey —le dijo la mujer—

es que aquí un ladrón me traía y aquí me dejó.

—¿Y él?

—Allí se fue a ese bosque a buscar agua.

Pues ya extendió su escolta el rey para buscarlo, pero como él oyó las voces se fue. Entonces el rey echó al carro a la mujer, ya se la llevó a su palacio, allá quedó ella como esposa del rey.

El marido que se fue en la fuga, como la quería tanto, él siempre probaba a ver cómo estar cerca de ella. Pero él tenía un amigo que estaba de alta en el palacio, era sargento y le dice:

—Mirá hermano, conseguíme



trabajo.

Le consiguió aquel. Ya entró de alta él también y a la mujer bien la conoció ya cuando él era soldado. Pues un día le dice al rey:

—Señor rey —le dice— yo quiero que me conceda un gusto —le dijo la señora.

—¿Cuál será? —le dice el rey.

—De que forme su tropa, quiero brindarles una copa de licor a cada uno.

Pues formó la tropa el rey, ya se fue repartiendo ella, hasta que llegó al último, el último era el esposo de ella. En la tomada del trago le metió un anillo de oro en la bolsa de la guerrera al hombre, y ya se fue, pero aquel no se dio cuenta. Pues cuando llegó a donde estaba el rey:

—¡Ay, señor rey! —le dijo— el anillo se me perdió.

—Pues hay que pasar registro y al que le aparezca se va a fusilar.

Pues pasaron registro, apareció el anillo en el esposo de ella, luego pues la sentencia de fusilación para él. Lo fusilaron. Entonces él ya había hablado con el sargento, le dijo que no merecía ser sepultado, que lo fuera a tirar a la montaña para que las fieras lo devoraran. Pues eso le dijo el sargento al rey:

—Pues ándate tú —le dice el rey— con otros dos soldados y lo van a tirar a la montaña.

Pero el amigo le había dicho: —En la bolsa de la guerrera carga una florecita, esa me la pasás por el cuerpo.

Pues se fueron, allá lo bajaron y mandó de regreso a los soldados y sólo se quedó el sargento con él. Entonces le empezó a pasar la florecita por los tiros (las heridas) y revivió.

—Bueno —le dice el sargento—

¿ahora qué hacemos?

—Ahora te vas vos conmigo a donde Dios nos ayude por allí. Tendremos que ser felices porque hoy somos doctores los dos.

Pues agarraron camino, aquel sargento desertó del reinato, se fue.

Allá se fueron a otra nación. Allá pues, en aquella nación, casi toda la gente estaba enferma, bien grave y llegó él por allí pues. Llega donde una señora que estaba acabando de morir y la curó, le pasaba la florecita, estaba buena.

Pues de allí, que ya llegó a oídos del rey. A curar al rey y a curar a toda la familia, pero sin medicina, sin nada, solamente con la pasada de la flor. Entonces ya ese rey lo acomodó en su palacio, luego fue ayudante de rey y lo ascendió a coronel, total que él se casó con una hija del rey. Entonces hubo traslado de reyes porque entonces él fue rey también, ya el rey, el suegro, no era nada, sino que el yerno fue rey. Pero él pidió el traslado para aquella nación, donde estaba la esposa de él. Entonces le dieron el traslado. Ya llegó allá donde el otro rey, el que lo había mandado a fusilar.

Pues un día le dice (a su esposa anterior):

—Mirá tú, ¿eres casada?

—No señor rey, yo no, nunca he tenido marido.

Al rato le volvió a decir:

—¿No sos casada?

—No.

—Mirá, vení acá. Sí sos casada.

—No, señor rey.

—Bien, no estés negándolo.

Entonces se fue él y se cambió el vestido que cargaba, se fue a poner el uniforme con que lo habían fusilado.

—Mirá —le dice— ¿no sos casada?

—Que no —le dijo ella.

—¿No me conocés a mí?

Ya se quedó ella en silencio, no le contestó.

—Mirá, ¿no seré yo tu esposo? ¿Aquel que mandaste a fusilar? A causa tuya me fusilaron, así que tanto sufrí no me cumpliste nada. Así es de que para que no lo volvás a hacer, te vamos a castigar a vos también.

La mandó a ahorcar. Allí terminó la mujer y él quedó de rey. Yo creo que hasta la fecha está todavía.” (INF. 2)



3. La flor del aguilar I

“Eran tres hermanos que tenían interés en una hija del rey; y la princesa decía que el que le trajera la flor del aguilar, ése se casaba con ella. El hermano menor y los dos mayores se fueron a la montaña a buscar la flor del aguilar y quedaron de reunirse en cierto lugar, dejaron por señal un árbol.

El hermano menor lo mandaron a un camino en donde pensaron ellos (los hermanos mayores) que no estaba (la flor) y ellos partieron en una parte donde tanteaban que allí estaba la flor del aguilar.

Y la suerte era para el hermano menor, el cume, él encontró la flor del aguilar y cuando se reunieron, el hermano mayor por envidia mató al hermano menor y lo enterró y donde lo enterró nació una mata de carrizo. El hermano mayor se llevó la flor del aguilar a presentársela al señor rey para él casarse con la princesa.

Entonces nació la mata de carrizo y era el muchacho que había nacido. La mata de carrizo ya estaba grande y al año pasó un arriero con unas mulas, al pasar por la mata de carrizo le cortó un carrizo, le cortó un carrizo y empezó a tocar y decía el carrizo:

—Arrierito, arrierito
no me toques
ni me dejes de tocar
mi hermanito me ha matado
por la flor del aguilar.

Al pasar por el frente del palacio del rey, se le ocurrió ir tocando el carrizo y la princesa estaba en el balcón y oyó el toque del carrizo que dice:

—Arrierito, arrierito
no me toques
ni me dejes de tocar
mi hermanito me ha matado
por la flor del aguilar.
—Papá, venga presto para acá,
allí va un hombre tocando un carrizo
que dice:

—Arrierito, arrierito
no me toques
ni me dejes de tocar
mi hermanito me ha matado
por la flor del aguilar.
Entonces el rey corriendo salió
y lo mandó regresar y le dijo:
—¿Dónde lo encontraste?

—En la montaña lo encontré.
Entonces el rey agarró el carrizo
para tocarlo y la misma cosa decía:
—Arrierito, arrierito
no me toques
ni me dejes de tocar
mi hermanito me ha matado
por la flor del aguilar.

Entonces fueron otra vez, descargaron las bestias del arriero y se fueron a la montaña y le enseñó donde estaba la mata de carrizo. Al llegar al puesto cortaron otra y la misma cosa decía. Luego regresaron y fusiló el señor rey al hermano mayor, el que había hecho la muerte por envidia y cuando mataron al hermano mayor, de la mata de carrizo volvió a renacer el muchacho que había sido muerto.

Entonces se fueron y el muchacho que ya había encontrado la flor del aguilar, ese se casó con la princesa. Hicieron las grandes bodas y de los tamales que se comieron, yo ya no logré nada.” (Inf. 3)



La flor del aguilar II

“Han de estar y estarán que era un rey y una reina y tenían 3 hijos: el mayor, el menor y el más pequeño. De repente resultó el rey gravísimo de los ojos y llamaron varios doctores pero todos no hallaban qué recetarle al rey porque su enfermedad era muy difícil, hubo una junta de médicos y uno de ellos dijo:

—Pues yo lo que opino es que el único remedio que hay para él es que se lavara los ojos con la flor del aguilar.

—¿Y cuál es esa flor del aguilar? —contestó la reina.

—Pues la flor del aguilar se consigue en los grandes desiertos, es una flor roja grande. Esa flor se apaga en agua hirviendo y con esa agua se lava todos los días los ojos hasta que esté bueno.

—¡Ah, caramba! —dijo la reina— pero es muy difícil porque quién va a ir a esos desiertos.

—Ah, dijo el rey— pues entonces no hay más que me quedaré ciego.

En eso se fueron los doctores y entraron los 3 hijos:

—Papaíto, mamaíta, nosotros mañana mismo nos vamos a traer la flor del Aguilar, nos cueste lo que nos cueste.

—¡Ay! hijos, ¿cómo va a ser eso? —dijo su padre— eso es una locura, ustedes son unos patojos y cómo van ir a exponerse a los desiertos. Ustedes no saben qué es un desierto.

—No padre, no tenga pena, que nos prepare mamá bastimento y mañana salimos a las cuatro de la mañana a traer la flor del aguilar.

La señora dijo:

—Déjalos hijo, tal vez primero Dios, ellos la traen.

La señora se puso (la reina) a hacer el bastimento y a prepararles todo para el viaje.

Al otro día temprano, a las cuatro de la mañana salieron los tres hijos con sus caballos y sus tercerolas para el campo, a coger el camino para ir a buscar la flor del aguilar. Caminaron mucho mucho, pero en eso encontraron un gran arbolón donde partían tres caminos. Entonces dijo el más grande:

—Yo voy a coger el derecho.

—Tú coge el de en medio —le dijeron al chiquito.

—Y yo me voy por el izquierdo —dijo el mediano.

Los tres dispusieron.

—Mira hermanos, dentro de un mes nos juntamos aquí en este mismo lugar y a la misma hora.

—Sí hermano.

Bueno, se dieron un abrazo, se despidieron y cada uno cogió su camino. Pero el camino del más chiquito era el más peligroso y muy largo. Los grandes, cogieron cada uno su camino y se fueron, según ellos iban a buscar la flor del aguilar en ese momento, se fueron, los tres se despidieron y se fueron muy contentos. Pero el chiquito anda y anda, camina y camina, y aquel camino verdaderamente era peligroso y solo solo y él va de darle al caballo, y va de correr con la ansia de llegar a ver dónde se encontraba la flor del aguilar, ni un rancho, ni una casa, nada encontraba él y mientras tanto los dos hermanos grandes en las aldeas, uno por un lado, otro por otro, parrandeando, mujereando, “dándose la grande” y no les importó ni la enfermedad de su padre, ni la flor del aguilar.

El chiquito no, anda y anda, camina y camina. Al fin divisó un ranchito.

—¡Ay! —dijo— tal vez ahí me dan razón.

Paró su caballo y se bajó y tocó la puerta. Salió una ancianita con su cabeza amarrada y le dice él:

—¡Hola, mi buena vieja!

Y la abrazó:

—¡Hola, mi buen niño! ¿Qué anda haciendo por estos lugares tan solos?

—Ay, señora, es que ando en buscas de la flor del aguilar porque mi padre es el rey y se está quedando ciego y no hay quien venga a los desiertos a buscar la flor del aguilar. ¿No la conoce usted señora?

—¡Ay, niño!, ni la he oído mentar. Pero si usted espera a que venga mi hija, ella que anda tanto, tal vez le da razón de la flor del aguilar.

—¿Y quién es su hija señora?

—Mi hija es la luna.

—Ay, pues voy a esperar —le dice el niño.

Cerca de aquí hace un frío terrible. Voy a preparar un hornito tibio y allí lo voy a tener mientras ella viene.

—Muy bien señora, Dios la bendiga.

La señora preparó el hornito. Se fue acercando la luna, aquel frío que penetraba. La señora corrió y jaló al niño de la mano y le dijo:

—Métase en el hornito y allí se está hasta que yo venga a sacarlo.

—Muy bien señora, muchas gracias.

Lo encerró en el hornito y se fue ella. Cuando la luna bajó dice:

—¡Puf! madre, hiede a carne humana.

—No hija, qué carne humana va a haber aquí.

—¡Ay madre! pero hiede a carne humana.

—No hija, es que vienes cansada. Cansada de tanto trabajar, tómate

un tu fresco.

Y luego le dio una jarra de fresco y le sirvió su cena. Cuando ya la luna estaba descansando le dice la señora:

—Hijita, ¿de casualidad no conoces tú la flor del aguilar?

—No, madre ¿y para qué quiere usted esa flor?

—No, es una pregunta que yo te hago, porque yo oí contar de la flor del aguilar.

—No madre, no la conozco, ni la he oído mentar.

Entonces la luna dijo:

—Ya vengo madre.

Se fue. Cuando se fue, corrió la ancianita y fue a sacar al niño del hornito y le dice:

—¡Ay, mi niño, de balde lo tuve aquí sacrificado porque mi hija no conoce la flor del aguilar!

—Ay, señora, Dios la bendiga, voy a ver qué hago.

—Siga más adelante, no se desmaye, tal vez por ahí le dan razón.

Entonces el niño de agradecimiento sacó una bolsita de fichitas de oro y se la obsequió a la ancianita. Ella muy contenta le dio las gracias y se despidió del niño.

El niño siguió anda y anda, camina y camina, anda y anda, camina y camina. Mientras tanto los otros dos hermanos, parrandeando de aldea en aldea, de lugar en lugar, bailando, botando el dinero y no les importó la enfermedad de su papá. El pobre niño pequeño anda y anda, camina y camina, camina y camina. Cuando divisó otro ranchito:

—¡Ay! —dijo— allí está otro ranchito, tal vez allí me dan razón y tocó. Cuando tocó, salió y le dice... una ancianita:

—¿Qué anda haciendo niño por estos lugares?

—¡Ay señora! —le dice— es que

ando en buscas de la flor del aguilar porque mi padre está grave —le dice.

—¿Y quién es su padre?

—Es el rey —le dice— y ando buscando para que se cure los ojos, la flor del aguilar ¿no la conoce señora?

—No hijito, pero si quieres ver a mi hijo, él que anda tanto tal vez te da razón del aguilar.

—¿Y quién es su hijo señora?

—Pues mi hijo es el sol. Solo que cuando él se acerca hace un calor terrible. Voy a prepararle —le dice— un baño con agua bien fría, para que cuando él se acerque usted se esté allí metido hasta que yo le diga.

—Muy bien señora, Dios se lo pague.

Entonces corrió la señora a preparar el baño pero bien frío, de agua.

Cuando se va acercando el sol y siente el olor del niño dice:

—¡Puf! madre, aquí hay carne humana.

—No hijo, qué carne humana va a haber aquí. ¿Qué es eso? Es que vienes muy cansado, fatigado, por eso sientes ese olor.

—Ay no madre, si siento que hay carne humana.

—No hijo, aquí no hay carne humana. Ven, tómate tu fresco.

Le dio su fresco, le sirvió su comida y el sol quedó satisfecho. Cuando ya el sol había descansado le dice:

—Nos vemos madre.

Y se retiró. Entonces corrió la señora y le dice:

—Ay mi niño, de balde lo sacrificué aquí dentro del agua porque mi hijo dice que no conoce la flor del aguilar, ... pero no desmayes, siga más delante niño.

—Ay señora, muy agradecido. Aquí le dejo esta bolsita de fichitas para que se entretenga con ellas.

—Ay mi niño es usted muy bueno, lo abrazó, se despidió de él cogió su caballo y se fue muy triste. Anda y anda, camina y camina, anda y anda, anda y anda, mientras los otros dos hermanos derrochando el dinero y parrandeando por todas partes. Siguió su camino, por allá lejos vio otro ranchito y entonces dice:

—Ay, allá está un ranchito, tal vez allí me dan razón.

Se acercó y tocó. Otra ancianita con su cabeza bien amarrada:

—¡Hola mi buena vieja!

—¡Hola, mi buen niño! ¿Qué anda haciendo por estos lugares tan solos?

—Ay —le dice— señora, es que ando en buscas de la flor del aguilar. ¿No la conoce usted?

—Ay mi niño, ni la he oído mentar, pero tal vez mi hijo que anda tanto —le dice— tal vez él le da razón. Si quiere lo espera.

—¿Y quién es su hijo señora?

—Pues mi hijo es el aire. Solo que cuando él se acerca —le dice— el rancho se dobla, los árboles se acuestan. Así es —le dice— que voy a tener que amarrarle en una ceiba que hay para mientras él se acerca.

—Ay señora, Dios se lo pague.

—Y su caballo se lo voy a poner más atrás de usted.

—Muy bien.

Tonces la pobre señora fue traer dos cables: uno para el caballo y otro para el niño. Cuando ya se iba acercando el aire, el ranchito cómo se hacía. Se acostaban y se levantaban los árboles pero la señora había amarrado bien al niño y al caballo. Cuando va llegando el aire y entra:

— ¡Puf! madre, qué hiede a carne humana.

— No hijo, ¿qué carne humana va a haber aquí? Es que vienes cansado, descansa, siéntate.

— Ay no madre, si yo siento carne humana.

— No hijo, siéntate, toma tu fresco y tu cena.

Y le sirvió su cena y su fresco. Así que el aire estaba bien satisfecho le dice:

— Bueno madre, nos vemos.

— Vaya hijito, que te vaya bien.

Entonces corrió a desatar al niño:

— Ay mi niño —le dice— tanto sacrificio y mi hijo no conoce la flor del aguilar.

Entonces le dice:

— Pero mire hijo, no desmaye, siga más adelante, tal vez por ahí le dan razón.

Entonces dijo:

— Vaya señora, aquí le dejo esta su bolsita de dinero para que le sirva para sus antojos.

— Vaya mi niño, muy agradecida.

Se despidió, abrazó a la viejita, montó su camino muy triste. Ay los hermanos parrandeando, qué les importaba a ellos el papá, ni la flor del aguilar, ni se volvieron a acordar de la flor del aguilar. Mientras que el pobrecito anda y anda, anda y anda, camina y camina, camina y camina. Cuando divisó otro rancho:

— Ay Dios mío, siquiera allí me dieran razón —dijo.

Tocó la puerta y salió otra ancianita con su cabecita amarrada, la abrazó y le dice:

— ¡Hola mi buena vieja!

— ¡Hola mi buen niño! ¿Qué anda haciendo por estos lugares tan solos?

— Ay señora, ando buscando la

flor del aguilar porque mi padre es el rey y está grave de los ojos y dicen los doctores que sólo con la flor del aguilar se curará. ¿No la conoce usted señora?

— Ay no, mi niño —le dice— pero si quiere usted esperar que venga mi hijo, él que anda tanto tal vez le da razón.

— ¿Y quién es su hijo señora?

— Mi hijo es un aguilucho —le dice— pero para eso —le dice— ¿tiene usted buena puntería?

— Tengo señora.

— Pues yo le digo así porque veo su arma que anda cargando.

— Sí —le dice.

— Pues mire, allí está un bosque, usted puede coger los animales que quiera porque él (el aguilucho) come mucho, y se lo puede comer a usted.

— Pues cueste lo que me cueste señora, voy a traer lo que hay. Y agarró pues su arma y su caballo y se fue al bosque. Allí cogió todo lo que pudo: sanates, zopilotes, loros, pericas, gatos de monte, tigres y todo lo que pudo. Llevó el gran volcán de animales amarrados en su caballo, cuando llegó le dice:

— Mi buena señora, aquí está todo lo que conseguí.

— Ay mi niño, ahora me ayuda a pelar todo esto, a tenerlo listo para cuando venga mi hijo.

— Con mucho gusto señora.

Puso un banquito ella y él, y los dos se sentaron a pelar todos aquellos animales. Ya tenían listo toda la comida para el aguilucho, cuando le dice:

— Vea mi niño, ya viene, ya oigo su ruido, métase aquí tras de la puerta de mi cuarto para que no lo vea.

— Muy bien señora —dijo el niño— Y se metió tras de la puerta del

cuarto. Cuando va llegando el aguilucho.

— ¡Puf madre! qué hiede a carne humana.

— No hijo, qué carne humana va a haber aquí. Aquí no hay carne humana.

— Ay no madre, aquí hiede a carne humana.

— Mira lo que te trajeron a regalar.

— ¿A regalar? ¿Quién?

— Un jovencito.

— ¿Y por qué?

— Porque sabe que te gusta la carne.

Y dice el aguilucho a pasarse toda aquella carne y de un bocado se pasaba los animalitos, los pájaros, los animales que le había llevado. Entonces ya que estaba bien satisfecho, se tiró al suelo a descansar, le dice la mamá:

— Ay hijo —le dice— ¿no conoces tú la flor del aguilar?

— No madre ¿para qué la quiere?

— Mire hijito —le dice— no vayas a hacerle nada a un pobre niño que tengo.

— ¡Verdad que había carne humana!

— Ay sí, pero es un pobre jovencito que anda en busca de la flor del aguilar porque su papá es el rey y se está quedando ciego, y los doctores recetaron la flor del aguilar.

— ¿No la conoces hijito?

— Mire madre, sólo porque usted me ruega esto y todo lo que me ha traído voy a llevarlo a enseñarle dónde está la flor del aguilar. Tráigame ese niño aquí.

Entonces la señora, con pena, fue a traer al niño de la mano y se lo llevó:

— Mira hijo, aquí está el jovencito.

Entonces él se presentó y le cayó bien al aguilucho y le dice:

—Mire —le dice— móntese sobre mis hombros. Ponga madre, toda la carne allí porque a mí en el camino me da hambre y todo lo que yo le pida me lo va poniendo en el pico. Le voy a enseñar dónde está la flor del aguilar. Es un gran lugar, pero encantado. Usted jala la flor cuando yo se la enseñe, es una flor grande, roja. Usted la jala y luego se la mete a la bolsa y donde le digan su nombre, aunque le griten lo que le griten usted se hace sordo, ciego y mudo, no vaya a contestar nada. Yo doy luego la vuelta y nos venimos, porque si usted habla algo se queda encantado.

—Muy bien señor, se lo voy a agradecer —le dijo al aguilucho.

Compusieron toda la carne y se montó él en medio de sus alas y se fue pues. Y y vuela y vuela el aguilucho, vuela y vuela.

—¡Carne! —decía el aguilucho.

Luego le ponía él (el niño) un animal en la boca y se lo tragaba.

—¡Carne!

Le ponía otro.

—¡Carne!

Todo el camino fue de darle pájaros y todo lo que llevaba allí. Cuando llegaron al lugar donde estaba la flor del aguilar le dijo:

—Este es el lugar encantado. Jala esa flor.

Entonces el niño jaló con todas sus fuerzas la flor y se la metió luego en la bolsa. Luego salió un montón de señoritas:

—¡Paquito, Paquito chulo, Pepito, Pepito mío, vuélveme a ver! Una mirada siquiera decían las muchachas —pero él cerró los ojos y se hizo sordo, mudo y ciego y no alzó a ver para nada.

¡Y dice! el aguilucho voló y se

llevaron la flor.

—¡Carne!

Va de darle carne.

—¡Carne!

Va de ponerle los pedazos de carne en el pico. Y el aguilucho de un bocado se los tragaba.

—¡Carne!

Todo el camino fue de carne. Ya iban a llegar cuando le dice “carne” y como no llevaba, cogió su navaja y se voló una su nalga y se la puso en el pico al aguilucho, y se fue el pobre príncipe chorreando sangre. Cuando llegó al patio de su casa dice:

—Ya llegamos niño.

Entonces dice la señora:

—¡Ay m'hijo! —le dice— Dios te bendiga —le dice— ¿consiguieron la flor del aguilar?

—Si señora —le dijo él— Aquí la traigo.

Entonces le dijo el aguilucho:

—Mira madre, quítame una pluma, quémala y úntasela a este niño porque por mí se ha quitado su nalga.

Entonces la señora, apenada, corrió, quemó la pluma, se la untó en su nalga al joven y luego le brotó su nalga. Le dio las gracias al aguilucho y le regaló una su bolsa grande de plata y oro a la viejecita y se fue muy feliz.

Ya había llegado el primer hermano al lugar donde se iban a juntar, pero no llevaba la flor del aguilar. Cuando llegó el segundo, el mediano, le dice al grande:

—¿Hermano conseguiste la flor del aguilar.

—¡Qué la iba a conseguir! ¿Y tú?

—Tampoco.

—Vaya. Nos hemos lucido porque no traemos la flor del aguilar.

Entonces se carcajaban porque

solo habían paseado y parrandeado y botado el dinero. Va llegando el pequeño:

—¡Hermanos! ¿Qué tal?

—Ay hermano, ya venistes. ¿Conseguiste la flor del aguilar?

—Yo no.

—Pues nos hemos lucido, porque nosotros tampoco.

Entonces dijo el pequeño:

—No hermanos, yo sí la traigo.

—¡A ver la vemos!

Cuando se las enseñó, entonces se la arrebató uno de ellos. El más grande y se la guardó en la bolsa y lo mataron. Abrieron una zanja y lo enterraron y sembraron un tronco allí para seña. Cuando en eso ellos se regresaron y el pobre niño se quedó enterrado. A los pocos días brotó un gran árbol, pero un árbol que nunca lo habían visto en ese lugar, lleno de pitíos y pitíos colgando los canutíos en las ramas. Cuando llegaron unos arrieros con sus ovejas.

—Ve —le dice uno al otro— este árbol no estaba aquí. Este árbol es nuevo y qué bonito, tiene pitíos cortemos unos y le hacemos unos hoyitos a ver si pita.

—¡Sí! —dijo el otro.

Entonces cortaron un pitío y hicieron tres hoyitos y lo sonaron y ¡qué susto! llevaron cuando el pitío dijo:

—Arrieritos, arrieritos no me toquen ni me dejen de tocar, que mis hermanos me mataron por la flor del aguilar.

—¡Ah, caramba! —dijo el otro. A ver, yo lo sueno.

Y sonó el pitío: ¡arrierito arrierito, no me toques ni me dejes de tocar, mis hermanos me han matado por la flor del aguilar!

—¡Ah, caramba! —dijo el otro. Vamos donde el rey. Esto es un

cosa seria. Este árbol no estaba aquí, es nuevo. Vamos a que el rey lo toque a ver qué le dice.

Dejaron a uno de los arrieros cuidando las ovejas y se fueron al palacio. Estaba el rey almorzando con su señora y sus hijos, cuando:

—¿Qué será esa bulla que oigo yo?

Y salieron a ver.

—¡Ay señor rey, perdone! pero es que estamos con la pena y la curiosidad de que... oiga lo que dice este pitío.

Y lo sonó.

—“Arrierito, arrierito, no me toques ni me dejes de tocar, mis hermanos me han matado por la flor del aguilar.” Suénelo usted señor rey.

—Con mucho gusto —dijo el rey y cogió el pitío—: “Papaíto, no me toques ni me dejes de tocar, mis hermanos me mataron por la flor del Aguilar.” ¡Caramba! —dijo el rey. Ven acá hija —le dijo a su señora.

“Tonces llegó la esposa y sonó el pitío:

—“Mamaíta, mamaíta, no me toques ni me dejes de tocar, mis hermanos me han matado por la flor del Aguilar.”

Llamaron a los hermanos, al grande primero: “Hermanito, hermanito, no me toques ni me dejes de tocar, que ustedes me mataron por la flor del Aguilar.” Entonces (el rey) le dice al otro:

—Toca este pitío:

“Hermanito, hermanito, no me toques ni me dejes de tocar que ustedes me han matado por la flor del Aguilar.”

Entonces el rey mandó a uno de los vasallos que le bajara los pantalones y que les diera una buena chicoteada y los llevara a un calabozo.

A los dos hermanos les pegaron y los llevaron a un calabozo y les dijeron que no saldrían de allí hasta que apareciera su hermano.

Mientras, el hermano enterrado. Entonces les dijo el rey a los arrieros:

—¡Ay! señores, acompañenme, llévenme a donde está el árbol. Voy a traerlo aquí a mi patio.

—Con mucho gusto —dijeron ellos.

Y se fueron con el rey. Cuando llegaron al lugar donde estaba el árbol, entre todos arrancaron a raíz el árbol y al arrancarlo salió el niño y le dijo: “Papaíto, papaíto” y lo abrazó:

—¿Ay, hijo de mi alma, necesidad fue que tus hermanos te mataron por la flor del aguilar?

—Sí padre, porque yo fui quien la conseguí —dijo él—. Después le contaré cómo la conseguí.

Ya se lo llevó abrazado hasta el palacio. Llegaron al palacio, sembraron a medio patio el árbol para que allí estuviera como un recuerdo y le dieron otra chicoteada a los dos hermanos, pero él decía:

—¡Perdónelos papaíto! pobrecitos, no saben lo que hacen, perdónelos.

El rey no quería y el rey mandó inmediatamente que se adornara toda la ciudad y que hubiera música por todos lados y fiesta y gran baile, y hubieron tres días de parranda, mientras los dos hermanos estaban castigados. Y colorín colorado este cuento se ha acabado.” (Inf. 4)



5. La flor del aguilar III

“Pues fíjese que... era un rey que tenía una hija muy guapa, por cierto. Entonces el señor rey puso un su anuncio que quería que el que le encontraba la flor del aguilar se casaba con su hija. El joven que encontrara la flor del aguilar se casaba con su hija. Entonces, habían 3 jóvenes hermanos, entonces ellos se presentaron con el señor rey y dijeron que ellos iban a buscar la flor del aguilar.

Entonces agarraron una calle muy recta, entonces y llegaron a un camino donde eran tres caminos, el cual agarraron, los dos más grandes agarraron el camino de las orillas y el más pequeño agarró el camino de

en medio, entonces siguieron caminando, hasta que el joven más pequeño fue el que encontró la flor del aguilar. Entonces, de regreso, da la casualidad que se habían juntado de nuevo los tres hermanos en la misma calle, entonces allí se preguntaron uno a los otros que quién se había encontrado la flor del aguilar. Entonces el pequeño hijo dijo que él no la había encontrado, pero sí, él la había encontrado. Entonces los dos hermanos más grandes mataron al más pequeño para quitarle la flor del aguilar, para casarse uno de ellos con la hija del rey. Entonces, lo enterraron al hermano más pe-

queño, y sobre la tumba pusieron el tronquito de la flor del aguilar, el cual pues retoñó y se nació una flor nueva de ese tronquito. Entonces un arriero que pasaba todas las mañanas por ahí, que ese señor arriaba las mulas de los papás de esos patojos, entonces ese señor arriero encontró la flor del aguilar y le llamó mucho la atención ver la flor y se bajó del caballo y cortó la flor del aguilar, pero si al apretar la flor para cortarla, la flor del aguilar le contestó, dice que dijo:

—Arrierito, arrierito
no me toques ni me dejes de
tocar
mis hermanos me han matado
por la flor del aguilar.

Entonces el arriero le tomó más la atención y se la llevó, se la llevó entre la bolsa y se la llevó. Cuando llegó a la casa de los papás de los muchachos, entonces él les dice que les dijo:

—Fíjense señores que encontré esta flor muy bonita. Entonces... Tóquela señora —dice que le dijo a la mamá de uno de los muchachos (la mamá de todos los muchachos).

Entonces cuando la señora la agarró y la apretó, entonces la flor habló y dijo:

—Madrecita, madrecita
no me toques ni me dejes de
tocar
mis hermanos me han matado
por la flor del aguilar.

Entonces la señora se la dio al esposo de ella, quien era el padre de los muchachos. Entonces la apretó y dijo:

—Padrecito, padrecito
no me toques ni me dejes de
tocar
mis hermanos me han matado
por la flor del aguilar.

Entonces el señor llamó a los

dos muchachos y a uno de ellos, al más grande le dio la flor, que la apretara también, entonces la flor dijo:

—Hermanito, hermanito
no me toques ni me dejes de
tocar
que tú fuistes el primero que
me empezastes a matar.

Entonces el hermano más grande se la dio al otro muchacho, entonces le habló la flor del aguilár y le dijo:

—Hermanito, hermanito
no me toques ni me dejes de
tocar
que fuistes el último que me
terminastes de matar.

Entonces los padres, viendo esto, agarraron a los dos hijos y los amarraron en las patas de unas mulas que ellos tenían para que los mataran a ellos también. Finalmente así es el cuento". (Inf. 5)

6.

La princesa

"Pues esta era una princesa que estaba en estado de tener marido, entonces le dijo a su papá, el señor rey, le dice:

—Papá, quiero que me conceda este deseo, pues yo, ya sabe usted que yo ya soy una señorita bastante grande y deseo mi esposo pero sí quiero pedirle un favor, que me conceda esto.

—¿Cuál es hija? —le dice el señor rey— decíme qué es lo que quieres tú.

Pues entonces le dice la princesa.

—Pues papá, yo no quiero un hombre rico, más bien quisiera un campesino, pero que me concediera la flor del aguilár.

Entonces le dice el papá:



Enrique Anleu D'Os / O -85



—Muy bien, hija, estoy para cumplirte tus deseos, yo lo haré.

Entonces puso avisos en toda la ciudad diciendo que el que encontrara la flor del aguilar, ese era el esposo de su hija, de la princesa.

Vino el aviso para toda la ciudad, entonces todos se pusieron ya en movimiento, a modo de conseguir la flor del aguilar, *nadien* conseguía. Entonces vinieron tres hermanos, estos tres hermanos, uno era ya bastante grande y el otro era más menor y había uno muy pequeño que todavía no tenía edad de tener su compañera, entonces le dice uno al otro:

—Hermano, yo quisiera ir a ver si consigo la flor del aguilar —dijo el mayor.

—Muy bien —le dice (el de en medio)— pues yo también.

—Pues entonces yo los acompaño —les dijo el pequeño. Entonces tomaron su camino a una selva donde pudieran haber encontrado tal vez la flor del aguilar.

Entonces el mayor de ellos tenía ambición de la flor del aguilar con la ambición de casarse con la princesa, entonces también el segundo, el pequeño tenía menos interés, pero en fin los acompañó. Entonces él agarró su camino, los tres agarraron su camino y llegaron a un árbol en donde se estacionaba la gente como para reunirse porque allí se unían tres caminos, entonces le dice el mayor al segundo:

—Mi hermano, vamos a hacer esta cosa: cada quien va a agarrar su rumbo a encontrar la flor del aguilar, pero vamos a hacer esto; vamos a señalar este árbol para reunirnos los tres, si no la encontramos este día, tal vez mañana, continuemos nuestro camino, a ver dónde la encontramos.

—Muy bien —dijeron ellos.

Entonces se fueron cada quien para su rumbo y al menor lo mandaron a la parte más pobre, al terreno más fragoso, entonces convino el pequeño donde lo quisieron mandar, él llevaba poco interés, los demás buscaron con bastante interés la flor del aguilar. Entonces esos dos hermanos mayores no encontraron nada: el pequeño se desprecupó bastante, le bajó bastante pereza y se sentó al pie de una roca, entonces volteó a ver arriba y vido una flor muy hermosa.

—¡Caramba! —dijo— ¿será mi suerte ésta? Tal vez ésta sea la flor del aguilar.

Y con bastante cuidado se subió en la roca y la cortó con especialidad a modo de no trillarla mucho y la tomó en sus brazos y bajó y vido que esa era la flor:

—Vaya —dijo— pues lo que no quería encontrar yo, lo encontré. Esta es mi suerte, entonces me voy al árbol señalado, donde quedamos con mis hermanos.

Pues se fue él a descansar al árbol a esperar la venida de sus hermanos. Entonces llegó el segundo de sus hermanos:

—Hermano —le dijo— ¿qué tal, encontraste la flor del aguilar?

—No —le dijo— me preocupé mucho, mucho, pero no pude encontrar nada, ¿y tú?

—Ah, yo sí, pues yo encontré la flor.

—¿De veras, hermano?

—Sí, la encontré.

—Pues, enseñámela, quiero ver.

—No, hermano, porque si te la enseño tú me la quitas y entonces te adueñas de ella y yo voy a perder mi suerte.

—No hermano, es tu suerte, yo no estoy para quitártela.

Entonces se la enseñó en la fianza que no se la quitaba; pues cierto, no se la quitó. Pero faltaba el mayor de ellos, entonces llegó el mayor de ellos, allá ya casi tiñendo la noche, entonces dice:

—Hermano, ¿qué tal, encontraste la flor?

—No hermano, no encontré nada, yo busqué con todo interés y no pude encontrar nada.

—Y fijáte yo fácil la encontré —dijo el menor.

—¿De veras hermano, la encontraste?

—Sí —le dice.

—Enseñámela.

—Pues aquí está, pero te pido un favor, no quiero que me la quites.

—Pues dámela en mis manos.

—No, divisála nada más de lejos, pero no te la doy porque tú te adueñas de ella.

—No, y además tu estás muy pequeño para tener mujer, a mí me pertenecería la flor porque yo soy el mayor de ustedes.

—No —le dijo— no te la doy.

—Mirá, entonces hacéme un favor, andá enseñáme dónde encontraste la flor.

—Pues eso sí podría hacerse enseñarte dónde la encontré.

Pues fue a enseñarle, le dice:

—Aquí la encontré.

—Ah —le dice— ¡qué bueno!

Pues, mirá la flor a mí me pertenece.

Y allí se agarraron a discusión, pues entonces viene el mayor y le dice:

—Me la das a las buenas o a las malas.

—Pues no hermano, no seas ingrato, yo no quisiera dártela ni a las buenas ni a las malas.

—No —le dice— es que a mí me conviene.

Y entonces le pegó un golpe en la cabeza y lo mató.

Entonces dice el segundo, el de en medio:

—Hermano —le dice— ingrato ¿por qué hiciste eso con el pequeño hermanito? ¿Pues si de él era su suerte para qué se la quitaste?

—¿Y vos qué hablás?

Pues entonces vino, lo golpeó todo y lo mató también. Así que encontró ya a los dos muertos, dijo él:

—Ahora, yo sí me caso con la princesa.

Entonces vino, hizo una sepultura y los enterró; entonces, por seña, cortó un carrizo y sembró los botones del carrizo, los puso de señas en la sepultura, entonces ya se fue donde el rey.

—Señor rey —le dice— está concedido el deseo de la princesa.

—¿Sí, encontraste la flor?

—Sí, la encontré.

—Mostrámela.

—Aquí está.

—Pues bueno, tú vas a ser el esposo de mi princesa, pero sí —le dice— vamos a esperar la venida de tus hermanos.

—Ay, señor rey, eso va a estar bastante difícil porque qué sabemos si a ellos les haya pasado algo, se los haya cazado una fiera o algo les haya pasado, ¿y si no vienen?

—Sí, pero hasta que ellos vengan, hasta entonces te vas a casar con la princesa.

Se desconsoló bastante. Entonces (el rey) lo tuvo en la cárcel, en el recinto allí lo tuvo prisionero por bastante tiempo, y él bastante triste. Pues entonces la princesa le dice al papá:

—Papá, ¿será que no van a aparecer los compañeros de este muchacho?

—Pues no sabemos. La sentencia

es que hasta que ellos aparezcan, hasta entonces se va a casar.

Pues al tiempo, como era un camino muy transitado, de bastante gente, entonces pasó un arriero con su patacho de mulas y entonces, como iba arriando las mulas dijo él:

—¡Qué bonita esta mata de carrizo! —dijo— yo voy a sacar un carrizo y lo voy a sonar, a ver qué suena.

Entonces cortó el carrizo y lo sonó pues, y le dice:

—No me toques

ni me vuelvas a tocar

mi hermanito me ha matado por la flor del aguilar.

—¡Ah! qué bueno esto —dijo el arriero— con esto me puedo ganar la vida yo.

Pues entonces se fue a la ciudad y pasó enfrente del balcón donde estaba la princesa, ante el balcón tocó el carrizo y dijo:

—No me toques

ni me vuelvas a tocar

mi hermanito me ha matado por la flor del aguilar.

—¡Ah! que pase adelante —dijo el rey— quiero oír.

Lo detuvieron pues y entró el arriero con el carrizo.

—Suéneme ese carrizo —le dijo— a ver qué es lo que dice.

—Muy bien.

Lo sonó y le dice:

—No me toques

ni me vuelvas a tocar

mi hermanito me ha matado por la flor del aguilar.

Entonces llamaron al hermano que estaba prisionero allí y lo acercaron pues y le volvió a tocar el carrizo, pues lo mismo le dijo:

—No me toques

ni me vuelvas a tocar

mi hermanito me ha matado por la flor del Aguilar.

—¡Ajá! —le dijo el rey— con

que vos mataste a tus hermanos por ambición a la flor. Entonces, ahora vas a entregar (enseñar) en dónde mataste a tus hermanos, y tú —le dice al arriero— vas a acompañar a donde cortaste ese carrizo, donde mató a sus hermanos este ingrato.

—Pues está bien, le dice el arriero. Y se fue pues, y llegaron al lugar donde había cortado el carrizo. Entonces:

—Aquí lo corté —le dijo— aquí está el tronco donde corté el carrizo. Tóquelo:

—No me toques

ni me vuelvas a tocar

mi hermanito me ha matado

por la flor del aguilar.

Al mismo tiempo que sonó el carrizo, hizo un estruendo la sepultura y brincó el hermano con la flor en la mano, y el otro también, resucitaron los dos ellos y entonces salió ya con la flor más hermosa todavía que como la había cortado. Entonces:

—Ah —le dice— tú sabes que muerte por muerte. Pues para que no seas ingrato, aquí te voy a matar también.

Allí lo mató y lo enterró, y entonces se fueron los dos hermanos que habían resucitado, y entonces se formó la bulla del matrimonio, y allí los casaron. Entonces en la celebración del matrimonio estábamos, porque allí estaba yo en cuenta, entonces de allí me vine yo a contarles esta pequeña historia.”

(Inf. 6)

La madrastra

“Se trata de un par de esposos pero cupo la mala suerte de que muriera la esposa y dejó una niña. Pues el papá, pasando mil y cuantas penas, fue creciendo esta niña, pero al poco se enamoró (el padre) de otra muchacha y se casó con ella. Llevaron a la niña a la casa, entonces el papá se iba y quedaba esa pequeña en manos de la madrastra. Entonces la madrastra dispuso mandarla a vender, día a día le ponía un canasto de chile para que saliera a vender, esto era de día a día, y la niña tenía que terminarlos y entregarle cuentas cabales. Pero de repente encontró un señor y le dice:

—Hija mía, ¿por qué es que día a día te encuentro por acá? ¿No tienes otras hermanitas?

—No, señor.

—¿Y tu mamá?

—No tengo madre señor, mi madre ha muerto.

—¿Y con quién vives?

—Con mi madrastra, esta venta es de mi madrastra.

—Ah bien, entonces este es un negocio que tienen.

—Sí señor, mi madrastra me saca día a día a que venda estos chiles y que lleve el dinero.

—¡Qué hermoso este chile! —dijo el señor.

Entonces le dice la niña:

—Señor, si a usted le gusta este chile, puede tomarlo.

—¡Gracias hija!

Y el señor escogió el chile más grande y se lo llevó.

Cuando esta niña regresó a su casa y la madrastra empezó a hacer cuentas, aparecía que le hacía falta un chile, y le dice:

—¿Qué has hecho de ese chile? ¿Lo vendiste?



—No, le dijo la niña.

—¿Te comiste el dinero?

—Tampoco —le dijo la niña.

—¿Entonces qué has hecho de este dinero? ¿Es que tu madre no te enseñó buenas costumbres? ¿Te has agarrado el dinero?

Entonces la madrastra pensó:

—Si le quemo las manos, se queja; si le pego, llora, y tal vez al llorar viene el papá. ¿Qué hago con esta patoja que me tiene fastidiada? Eres una traviesa. ¡A tentar cosas te enseñó tu madre, no te soporto!

—dice la madrastra a la niña.

—Sí señora —dice la niña, y se puso a llorar.

—¿Por qué lloras? No sólo te has robado el dinero de este chile,

sino que también te pones a llorar. ¿por qué lloras? ¡Sinvergüenza! que has agarrado el dinero, dispo llorar.

Dio la vuelta la madrastra y fue hacia la cocina. Entonces dijo la madrastra:

—Saldré de ella cuanto antes sea posible.

Y la agarró y la mató. Salio al patio y abrió un hoyo y allí la enterró.

Cuando el papá de la niña llegó dice:

—¿Y la niña dónde está?

—Pues fíjate que ha salido y a la hora que no regresa porque tú le has enseñado buenas costumbres. La niña sólo en la en la calle se maneja.

Esperó el papá varios días y la niña no llegó. Entonces en aquel lugar donde había sepultado a esta niña, de la sangre de la niña se hizo un hermoso chilar y se cubrió de bastantes chiles. Cuando de repente salió un chile más grande y la madrastra quiso cortarlo.

Ella que agarra el chile y éste le dice:

—No me toques, ni me toques ni me dejes de tocar, mi madrastra me ha matado por un chile que ha faltado.

Entonces ella dijo:

—¿Y ese chile por qué hablará?

Pero como había otros niños que oían, entonces le dijeron al papá de la niña.

—¡Fíjese que al tocar ese chilar cómo habla!

—No se los creo —dijo el papá de la niña.

—¡Vamos, desengañese!

Y corrieron a donde estaba el chilar. Entonces cuando llegaron agarró el papá el chile más grande y empezó a cantar:

—No me toques, ni me toques ni me dejes de tocar,

mi madrastra me ha matado por un chile que ha faltado.

—¡Caramba! —dijo el papá.

¿Qué ha pasado con mi hija? —le dice a la madrastra.

—Es que tú sabes que yo no soy su madre y me tenía fastidiada, y por eso dispuse, de una vez salir de ella. No sé por qué Dios me ha castigado porque esta mata de chile ha ya salido y tenga que contar lo que ha ocurrido.

Entonces el hombre dijo:

—¡Vete! No quiero verte más.

Y empezó, tomó el chile en sus manos. Al arrancar este chile, esta niña volvió nuevamente a vivir. Que me meto en un hoyito para que me cuentes otro más bonito.”

(Inf. 7)

INFORMANTES

1. Eduvigis Ascón Cardona

Tiene 74 años de edad (para agosto 1978). Nació en la aldea Sampaquisoy, Mataquescuintla, Jalapa. No asistió a la escuela ya que en la aldea donde él nació no hubo escuela sino hasta el momento en que él fue alcalde. Sin embargo aprendió a leer y escribir por su propia iniciativa.

Vivió en Sampaquisoy hasta 1950, luego fue a vivir al caserío Llanitos, en la aldea Las Guacas, Masagua, Escuintla. En 1942 fue alcalde auxiliar, en las Guacas también lo fue, de 1950 a 1952. Anteriormente, en 1927 prestó servicio militar. Es agricultor, tiene una parcela de terreno propia en donde cultiva maíz, ajonjolí, yuca y frutas. También se dedica a la crianza de ganado. Vende el maíz y, ocasionalmente ganado.

En su hogar viven 10 personas.

2. Felipe Marroquín

Tiene 60 años. Nació en la aldea Santa Rita, El Progreso (El Progreso). Asistió dos años a la escuela. Cuando era joven trabajaba en la agricultura, pero a los 27 años perdió la vista; luego vivió en Gualán y Mazatenango. Después regresó a su aldea natal. Vive solo en un terreno que le proporcionó su hermana, su casa fue construida como un obsequio del gobernador, poco después del terremoto de 1976.

3. Héctor Ramos

Nació en El Jute, Zacapa. Tiene 49 años de edad. Siempre ha vivido en su aldea natal. Sabe leer y escribir, ya que asistió dos años a la escuela.

Es albañil y agricultor; no tiene tierra propia, sino que la arrienda pagando seis libras por el quintal que cosecha, que consiste fundamentalmente en maíz.

En su hogar viven su esposa, sus cinco hijos y él. Fue alcalde auxiliar hace 18 años.

4. Zoila Bernardina Moraga viuda de López

Tiene 85 años de edad. Nació en la ciudad capital. Ha vivido en muchos lugares entre los que figuran Amatitlán, Escuintla, El Progreso y Jalapa. Actualmente vive en Retalhuleu, en donde se encuentra desde hace 24 años.

Doña Zoila es maestra de educación primaria, también se ha dedicado a atender partos, es comadrona; además hace muchas cosas: flores de papel, costura y otras actividades.

Actualmente vive con seis familiares.

Los cuentos que sabe los aprendió de una anciana conocida suya.

5. María Consuelo Alcántara

Al momento de ser entrevistada, en octubre de 1978, contaba con 23 años. Nació en Tiquisate, Escuintla, en donde vivió únicamente ocho años.

Cursó hasta el sexto grado de primaria. Luego se casó con Augusto Carranza y tuvo dos hijos. Su esposo es perito contador, promotor social y mecánico en refrigeración.

6. Pablo Mancilla López

Nació en El Jute, municipio de Usulután, Zacapa. Tiene 56 años de edad. Actualmente vive en El Jute, sin embargo ha estado en otros lugares: Puerto Barrios —durante trece años—, y en Tiquisate —durante 5 años—. Hace aproximadamente unos quince años que se instaló definitivamente en El Jute.

Don Pablo es agricultor, pero no tiene tierra propia, siembra tomate y pepino para la venta, y frijol y maíz para el consumo. No asistió a la escuela, pero sí sabe leer y escribir.

Prestó servicio militar en Puerto Barrios, en donde desempeñó el cargo de Comisionado Militar.

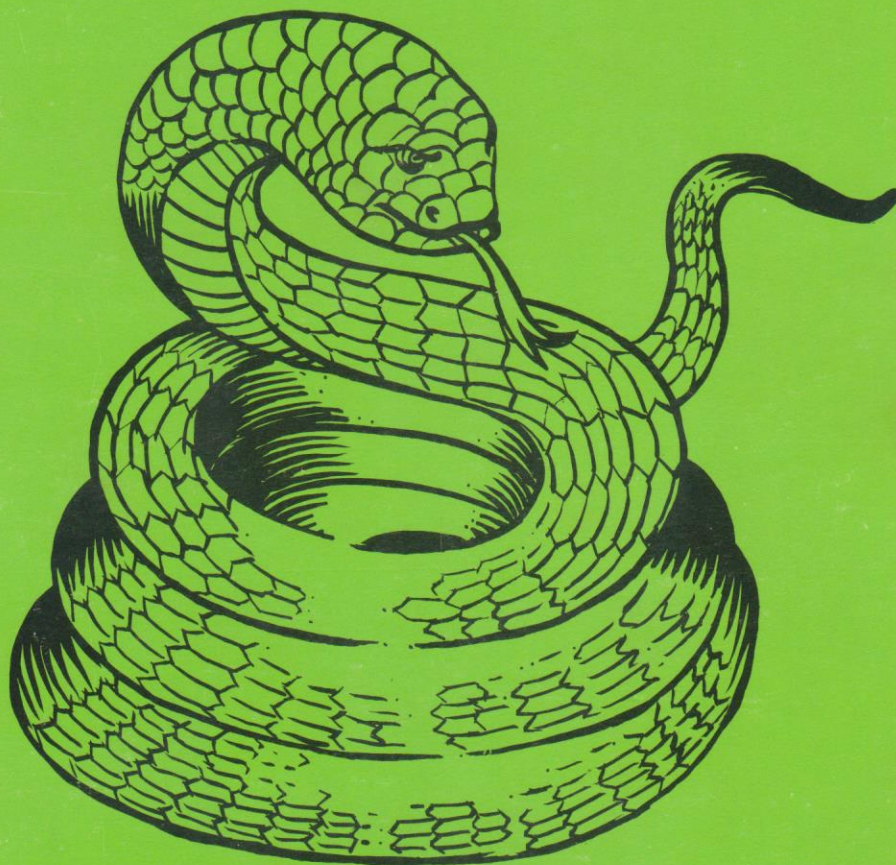
En su hogar viven cinco personas: su esposa, sus hijos y él.

7. Zoila de Higueros

Actualmente vive en San Francisco Río Bravo, departamento de Suchitepéquez. Es comadrona del pueblo y posee un molino de nixtamal. Estudió pocos años en la escuela; los cuentos que sabe los narra en su casa "para entretenimiento de los patojos" o "en los velorios".

4 BIBLIOGRAFÍA

- Ghertudi, Susana. **El cuento folklórico**. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Pino Saavedra, Yolanda. **Cuentos orales chileno-argentinos**. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1970.
- Robe, Stanley. **Mexican Tales and Legends from Los Altos**. Los Angeles: University of California Press, 1970.
- Thompson, Stith. **El cuento folklórico**. Traducción de Angelina Lemmo, Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1972.
- Van Gennep, Arnold. **La formación de leyendas**. Buenos Aires: Editorial Futuro, 1943.
- Vansina, Jan. **La tradición oral**. Traductor Miguel María Llonguera; 2a. Ed., Barcelona: Editorial Labor, S.A., 1968.



LA TRADICIÓN POPULAR

Centro de Estudios Folklóricos

Director:

Celso A. Lara Figueroa

Investigadoras adjuntas:

Ofelia Déleon Meléndez

Elba Marina Villatoro

Investigador musicólogo:

Enrique Anleu Díaz

Ilustraciones:

Enrique Anleu Díaz

Diseño:

Luis Ortiz

Auxiliares de investigación:

Claudia Dary Fuentes

Alfonso Arrivillaga Cortés

Carlos René García Escobar

Area de fotografía:

Jorge Estuardo Molina

Av. La Reforma 0-09, zona 10

Guatemala, Centroamérica

Nos. 52/53, 1985